

Residencia en el Profesorado de Ciencias de la Educación

Una experiencia universitaria atravesada por las voces



María Dolores Román
Universidad de Buenos Aires

Gabriel Pranich
Universidad de Buenos Aires

Fecha de recepción: 10 de mayo de 2022
Fecha de aceptación: 28 de junio de 2022

Resumen

El propósito del presente trabajo es compartir una *experiencia universitaria* a través de las voces en la *formación* dentro del marco de la cátedra Residencia del profesorado de Ciencias de la Educación de la Universidad de Buenos Aires. La estrategia empleada en el dispositivo de formación nace en el relato de un tramo de la vivencia profesional de cada estudiante, compartida en un *grupo* de tutoría que, polifónicamente, se dispone a la escucha atenta y a la palabra colaborativa. ¿Por qué la reconstrucción narrativa? Porque *narrar* es una de las operaciones fundamentales de construcción de sentido que poseemos; al *rememorar* se vuelve sobre las propias marcas y se abre un espacio potente para interrogar e interrogarse sobre el ser y hacer docente generando, en coproducción, nuevos saberes. De allí que nos preguntemos acerca de los sentidos, sobre el volver sobre sí y que nos aboquemos al poder polifónico del grupo que hace a la formación del alumnado. Esta estrategia de formación es objeto de investigación de la cátedra desde hace muchos años. Compartimos aquí un caso que forma parte de ella.

Palabras clave: experiencia universitaria; rememoración; narración; grupo; formación.

Residence in the Faculty of Education Sciences. A university experience traversed by testimonials

Abstract

The purpose of this paper is to share a university experience through the student testimonials in the context of the university chair of Residences for teachers at the UBA'S Education Sciences teacher training. The strategy used in the process of formation born from each student's professional experience, shared in a tutoring group willing to listen

polyphonically and closely. Why choose narrative reconstruction? Because narrating is one of the fundamental operations of construction of meaning that the humans have; in the act of remembering, we return to our own trace and this inaugurates a powerful space to question and self-interrogate about who we are and what we do as teachers, generating, in co-production, new knowledge. This is why we ask ourselves about the meanings, about going back over oneself and about the polyphonic power of the group that makes the students' formation. This formation strategy has been the subject of research by the chair for many years. We share here a case that is part of it.

Keywords: University experience; remembrance; narration; group; formation.

Líneas introductorias

(...) la palabra que se empeña, que se arriesga, esa palabra que conlleva nuestro compromiso existencial, esa palabra que da forma, no sólo a nuestro pensamiento sino a nuestras opciones, a la pasión y a la coherencia con que hemos decidido dibujar nuestra vida.
José Pablo Feinmann, 2013: 10.

En este trabajo *nos miramos y compartimos vivencias* formativas, descubrimientos y nuevos interrogantes sobre el rol docente surgentes del *diálogo* que establecieron nuestras voces —narrador, grupo y profesora— en la cátedra de Residencia del Profesorado en Ciencias de la Educación. Un proceso de formación para todes. El punto de partida, el *relato* subjetivo, inscribe al alumnado en una experiencia universitaria que se constituye en un espacio habitado y no en un lugar de paso. En esta circunstancia, el hacer siempre se produce acompañado por un grupo de compañeres-colegas. Con ellos hemos conformado una trama de sostén que dio lugar a una polifonía¹ que acompaña e instala mirada crítica en el fluir de ideas con otros y entre todes. Esta experiencia transcurre durante el segundo cuatrimestre de 2021.

Unas pocas líneas para la dinámica del trabajo en el dispositivo de formación. La propuesta se desarrolla en cuatro momentos:

1) *Individual-inicial*: se centra en recordar la trayectoria profesional, en el nivel educativo seleccionado para, luego, identificar la escena, tramo, situación, incidente crítico, problemática que interpela al colega-estudiante en su rol profesional, que lo impulsa a la reflexión. Y hace su narración, tan espontánea, clara y sincera como vaya surgiendo, a partir de situaciones que siempre le provocan interrogantes y que constituyen la materia para el análisis pedagógico posterior. Esa narración nos deja “ver la película” desde la mirada de su protagonista. Ese adentrarse y bucear en acontecimientos que lo desestabilizaron en su devenir es un proceso costoso.

2) *Colectivo colaborativo*: inicia el interjuego, todes leen a todes. El pequeño grupo, compuesto por 6 a 8 personas aproximadamente, hace una lectura atenta; las palabras de quienes leen se convierten en fuente de apertura a la propia mirada para volver sobre la experiencia vivida. Es un momento de copensamiento. Copensar no es sumar ideas, es un motor productor de otros pensamientos recreados genuinamente, en un intento

¹ Con el concepto de polifonía nos referimos a un espacio para habitar desde la grupalidad, la convivencia, vivir con otros un espacio de residencia para la formación atravesados por la experiencia vivencial. Sin un fin predeterminado de conocimiento al cual alcanzar, por el contrario, como una praxis entre el alumnado y el equipo docente.

dialéctico y renovador en cada vuelta de intercambio con los compañeros y la tutora. Más y distintas visiones, con una única condición: suspender el juicio valorativo en nuestras intervenciones. Lo que se narra, la historia leída, las decisiones, las acciones tomadas... Es lo que fue. No será evaluado como bueno o malo, justo o injusto, sino que —con confianza y libertad— pretendemos que cada intervención ayude al recorte de la situación, y que aporte otros interrogantes, problematice las visiones y enriquezca las líneas de trabajo esbozadas. Se pone en juego el bagaje de conocimiento del grupo, el pensamiento complejo se potencia mediante análisis, críticas, cuestionamientos, interpretaciones, aportes... creación. Supone un reto personal y grupal, “entregarnos” a esa tarea.² Cada una luego, en este fluir de ideas y palabras que se completa en las ideas y palabras de los otros, con criterio personal y autonomía, toma, adapta o deja en función de su comprensión y sentir.

3) *Pareja pedagógica*: ahora, como lectores críticos mutuos, continúa el interjuego enriqueciendo la propia mirada y percepción, el copensamiento ya está instalado y se ha ido construyendo una confianza suficiente que estimula a arriesgar ideas, debatir opiniones, disentir o “robarle un argumento al compañero” porque descubrimos lo *común*. Concentrar el trabajo entre dos apunta a cerrar bastante el abanico y poder ahondar más en la situación, su comprensión, y ganar en involucramiento reeditando el diálogo reflexivo entre ambas y la tutora, más ágil y puntual sobre la experiencia de cada una.

4) *Individual, nuevamente*: cada narrador ha podido recoger aquello que le ha sumado, autores que le han aportado, ideas que le han desestabilizado para volver a estabilizarle y encontrar una línea de trabajo a su necesidad y deseo, ayudas para desentrañar sus interrogantes, planteos y tesis. Se encuentra con una situación (presentada tímidamente en un inicio) ahora atravesada por muchas miradas, ha dejado ya de ser solo suya; es una construcción colaborativa que creció y se transformó en una interpretación polifónica sensiblemente diferente a la original. Es momento para reorganizar, articular y cerrar análisis, sacar conclusiones, inclusive expresar visiones prospectivas y nuevas dudas también... Con la dificultad que siempre provoca poner el “punto final” al trabajo, se cierra una etapa que deja muchas inquietudes movilizadoras para continuar en otro espacio o con la tranquilizadora sensación de “haber metido mano” a una deuda profesional que —por alguna razón— salió a la luz en la cursada de Residencia.

Una primera voz: un acercamiento a la vivencia

Gabriel Pranich

Para poder abordar la situación del acto de narrar desde mi experiencia como residente en la cursada, presento los siguientes apartados. En primer lugar, la creación de un relato de una experiencia transitada en mi pasado inmediato desde el trabajo docente a partir de la invitación de la profesora María Dolores Román. No es un concepto sin vida, sino que los conceptos son otra materia con la cual hacemos vivencias. No es el concepto de una clase sino la clase vivida. Fue la propuesta de la cátedra y nuestras experiencias en la cursada por las cuales el concepto quedó más acá y no más allá. Para, en un segundo momento, acercarme con un análisis posible sobre el relato sin hacerle decir algo que no dice. La intención no es dar fundamentación al relato, sino, por el contrario, pensar el relato a partir de pensamientos que pude sistematizar con

² Damos por sentado el “respeto intelectual” de cada una de las participantes ante la necesidad de realizar intervenciones sustantivas, y no meramente formales o vacías.

el aporte de los compañeros de grupo. No es mi interés generar un conocimiento que cosifique una vivencia. Mi interés es, si se puede decir así, crear una interpretación de una interpretación; introducir un trabajo hacia la comprensión y no una explicación. Si se me permite, aunque es demasiado grande para el trabajo, intento pensar en un saber dinámico. ¿Qué saber puede producir una interpretación de una interpretación? Desde mis búsquedas, una interpretación de una interpretación solo desea una comprensión. Por lo tanto, a continuación, invito a interpretar el relato y el pensamiento desarrollado a partir de una vivencia en un aula, en una clase, en tiempos de pandemia, en una experiencia formativa en la universidad, con y entre otros en la cátedra de Residencia. En este sentido la propia escritura del relato crea una experiencia en sí misma, es decir, la experiencia de la escritura.

La clase que era parecida a sus voces

Percibimos el vacío, llenándolo.
Antonio Porchia, 2017: 59.

El hecho transcurre en un día perdido de 2020 en una situación de ASPO de una pandemia sin fin. Las siguientes líneas son el intento de arrojar palabras a un acontecer que me aturdió en pleno silencio. Me di cuenta del vacío. En un día más de pandemia o un día menos de dar clases en este año tan particular resulta que no encuentro los anteojos. Tampoco encuentro una mirada. Llamativamente me dispongo con más apuro a encontrar el enlace para ingresar a la clase que los prismas para ver. La mirada se ha perdido en las pantallas. Las imágenes ya no coinciden con los ojos. No uso cristales para ver con mayor claridad sino para descansar la vista de tanto ruido.

En una clase de Historia de las Artes Visuales II asumo nuevamente mi rol de profesor. De ahí la obsesión por encontrar el enlace. Luego de 15 minutos logro encontrar entre otros vínculos el bendito enlace. Dicha odisea es para poder recibir al alumnado del profesorado en la Escuela de Arte Leopoldo Marechal. Me resuenan más que nunca las palabras del poeta argentino: “De todo laberinto se sale por arriba” (Marechal, 1936: 48).

Entonces me apresuro para recibir al alumnado en el aula. Acomodo mis apuntes del lado izquierdo, enfoco hacia un costado con la computadora para que la cámara me tome lo mejor de lo desmejorado. Por suerte no me maquillo ni tampoco me tengo que peinar. También acomodo el agua a mi costado, a la derecha, por las dudas que de tanto hablar me quede sin voz. Ubico delante mío el libro de Foucault. Hoy les voy a leer un párrafo, sé que me van a escuchar. Veo que ya faltan dos minutos para comenzar la clase así que abrí el aula con un simple clic. ¿Qué descorazonado! Recuerdo de niño cómo me encantaba la entrada a la escuela que se producía cuando mi maestra de cuarto grado abría el portón verde mientras dibujaba un abanico en el aire. Se abrían las puertas del paraíso y ella con su guardapolvo blanco jugaba a que era un ángel. ¿Dónde habrán quedado sus palabras que me miraban?

Ahora, sin ser ella pero no sin ella, hago el clic y la página da vueltas al cargar la plataforma y, ¡al fin!, logro entrar y, para mi asombro, salta un cartel sobre la pantalla y expresa que hay 32 personas en la sala de espera. Todo entusiasmado acepto sin mirar. Las pantallas cargan y las personas se asoman como flores en el desierto. Ese lugar deshabitado de internet comienza a cobrar otra dimensión entre las palabras que se entremezclan: buenas tardes, hola profe ¿cómo anda?, hola a todes, buenas, buenas, y otro hola por allá y por aquí. Bueno, ahí me relajé al darme cuenta de que estamos por más que estemos en distintos espacios. También saludó un niño de 8 años, hijo de una alumna.

Luego de los saludos comenzamos con la clase. Es decir, a tratar de qué trata el texto de *Las palabras y las cosas* de Michel Foucault (2012) donde analiza la obra de Diego Velázquez que lleva por título *Las meninas*. El estudiantado expresa sus dificultades con los textos del Barroco, como por ejemplo lo dice una alumna al preguntar: ¿qué quiere decir el autor en tal lugar? ¿Cómo entender lo que no se entiende? ¿Qué es lo que el autor me quiso decir? Respondí que de existir un saber está ahí en las vueltas que le podamos dar a ¿qué me quiso decir? Es también lo que nos mantiene pendientes y a la expectativa de algo mejor en estos tiempos. Como una creencia de que algo bueno puede suceder, un andar, que busca sin cesar el querer decir. Siempre todo está por decirse sabiendo de su propia imposibilidad. Si la memoria no me falla algo así me despiertan los recuerdos sobre esa primera clase. No es lo dicho sino aquello que queremos decir.

A la otra semana vuelvo a la clase. Esta vez no me perdí entre los enlaces, sino que naufragué en los recuerdos. Entonces, como si fuese una condición del inicio de clase, recordé la voz de la compañera en la clase anterior cuando preguntó: ¿qué es lo que me quiere decir? Situación que me hizo pensar cómo siempre buscamos un hilo para no perdernos en el laberinto de los días y de las noches —de los años— que a menudo nos acechan como el tiempo a las palabras. A decir verdad, si no fuese por el hilo las palabras se perderían, pero los que nos perdemos en ellas somos nosotros. La voz hace un gesto. Sin embargo, una voz no es sin las otras voces. De ahí que en esta clase hicimos una ensalada de voces intentando descifrar el enigma de los decires. Agrego una tarta de recuerdos. De qué otro modo podría estar sino más bien todes amontonades, superpuestas, mezclades, derretides, fundides con otras, solapades, ¡qué caos! Así las voces aclararon:

—Yo ya sé qué quiso decir el autor cuando dice que lo irreal se vuelve real. ¡Ja! Es una mera posibilidad de encontrar algo —dijo Sofía con una sonrisa que maquillaba su rostro.

—¡Sí! Yo me perdí en el pasaje —aseguró Josefina de manera incansable.

Como un alzamiento en plena ciudad es que hicimos una revolución inimaginable en medio de la clase. Nunca supe bien adónde íbamos a ir a parar. Dejamos que las voces nos llevaran en un mar siempre picado, en los ecos de un desierto, en los caminos cruzados de un laberinto o en la caída libre de una piedra. Aunque, tengo que confesar, en un momento se cayó la noche y la desesperación se volvió serena en el hilo de las palabras. La voz de ella me quedó al otro lado del mundo. Arremetí como un zarpazo a mi voz y comencé a explicar nuevamente con otras palabras para tratar de sostener la clase. En el mismo momento en que volcaba montañas de sonidos, algunos más rústicos y otros un poco más pulidos, me di cuenta del vacío. Como dice Porchia: “Percibimos el vacío, llenándolo” (2017: 59). Subrayo que no eran las palabras sino entre las voces. ¿Cuál es la distancia entre una voz y otra? ¿Cuál es el camino que tengo por recorrer para llegar de una palabra a la otra? ¿De qué lado están las voces? ¿Por qué todas las voces me quedan al otro lado del mundo? Leo otra parte del texto, otra voz para que nos saque del agua. Sin embargo, me encuentro con que no se termina de entender. Allí las palabras me alcanzaron y me tocaron como si tuvieran manos. De niño me quedaba pensando que las manos podían tocar y eso era mágico. No hay diferencia entre sentir, hablar y tocar. A veces, solo a veces, el hilo completa su recorrido. Luego aparece la novedad de otro silencio. Así dejé en suspenso otra clase más o perdí otra oportunidad.

A la otra semana, ya en la tercera clase, retomamos el hilo que nunca encontramos. ¿Cómo puede ser si ya lo tenía? Al menos eso creí. Sin más pero no sin menos fuerzas navegamos de vuelta en los mares de las voces para encontrar lo perdido. Lo llamativo es que estas voces que se están evaporando en este mismo momento fugitivo hacen a

lo único que tengo. Pero, ¿por qué no reconocemos las cosas cuando están? Es cierto, no hay mejor lugar para ocultar algo que delante de nuestras narices. Así un silencio ensordecedor me reflejó la pérdida de mi intención de clase. Quedé en un desierto de palabras. Percibí el vacío porque intenté llenarlo durante una hora y media, si mal no recuerdo. Emergió un malestar como si estuviese exigiendo algo que no comprenden. No sé por qué vi que querían hablar. O que hay que hablar en voz alta para hacerse sentir. Aún más, ¡desde ya!, alguien tiene que escuchar para que otro pueda sentirse. Entonces no lo dudé y en un raptó de mi razón propuse que armaran grupos para reparar y así darían las siguientes clases. Como en toda decisión apasionada no medí las consecuencias. ¿Qué reparará una clase?

En este punto y aparte no aparto nada, sino que tuve que acompañarlas durante tres semanas para preparar las clases tan esperadas. Después el día llegó y comenzamos con la clase número uno. En total prepararon ocho clases con cinco integrantes por cada grupo. Es decir, un total de ¡cuarenta estudiantes! La primera clase tuvo una resonancia, ¡excelente!, ya que me agradecieron en reiteradas ocasiones al final de sus maravillosas exposiciones. Dijeron:

—Gracias por habernos escuchado —dijo Martín con una entonada colorida.

—Sí, muchas gracias, profe —resaltó Celeste corriendo por el borde de las letras.

—Nos encantó dar la clase —afirmó Agustín.

—¡Profe! Usted aquí está escribiendo algo que sucedió, pero en el fondo sabemos que hace un ensamble de recuerdos. Quizás a mí me enseñó que el relato es fiel a la realidad de la clase o que el recuerdo es fiel a lo sentido, lo cual es lo mismo. Entre la realidad y los recuerdos de las voces solo encontré un hilo muy delgado —manifiesta Sofía.

—Reconocimos la clase por nuestras voces —afirmó Sol.

¿Por qué recuerdo ciertas palabras y no otras? Palabras que me acorralaron por días y noches, y después. Me dejó pensando con respecto a la situación en la que estamos y cómo colocamos *casi* todo en una voz. ¡Hasta los recuerdos se hicieron voz! O, con las voces revivimos lo sentido. De ahí que tenemos un enigma más: ¿qué sentimos cuando sentimos la voz en las palabras? Ahora bien, nos reconocemos por las voces. Es cierto, siempre recordamos la voz de alguien querido y extrañado e incluso a veces decimos o pensamos: necesitaba escuchar tu voz. También recordamos las voces de personas que *ya no están*, las revivimos. Situaciones que siempre me invitaron a pensar la voz como presencia de las personas. La voz no es descriptible, más allá de que podamos decir tiene la voz suave, aguda, grave, tiene la voz como un chillido, tiene una voz penetrante, o casi no se le escucha de lo bajo que habla. Más acá las voces siempre nos hablan de otra cosa. La voz me toca sin mover ni siquiera un dedo. Cuando trato de explicar un contenido y nadie lo entiende, ¡claro!, hay que comprenderlo para que la claridad se haga. Claridad por demás valorada. Todos sabemos que el pensamiento está en la oscuridad, allí donde nada es claro. Ahí el pensamiento se desespera. Se arrebató a sí mismo como un soplo al suspiro. Porque para mí el pensamiento tiende hacia la claridad sin alcanzarla nunca. Al sol no lo podemos mirar a los ojos porque enceguece.

Borges dice: “El hombre era parecido a su voz” (1974: 30). Aquello que a mí me apareció en la voz de la alumna fue que ella había sido reconocida en una clase. Nombré su nombre. Ellos necesitaban hablar, pronunciarse para llegar a escucharse. Recuerdo que cuando no entiendo algo hablo en voz alta y luego de haber escuchado mi voz, a veces, comprendo. ¿Cómo puedo comprender lo no dicho? ¿Cómo puedo oír lo no pronunciado? Todo está por interpretarse. Su voz fue un velador de mi lado. Esa clase

me quedó de este lado. No me ahogué en las palabras. Ese día de la clase logramos acomodar las oraciones y un hacer entre otros.

Hemos sido corridos de nuestros espacios, del aula, de la escuela, de la universidad, del profesorado, de las calles, del cruzarnos con alguien que siempre estaba en el mismo día y a la misma hora en el mismo lugar. Coincidencias extrañas que parecen dar identidad. Los lados se han corrido. Hoy parece que nos hemos quedado sin todo aquello y lo único que nos habita es nuestra voz. O, nos representa la voz. Para que algo así ocurra, por más que estemos cada uno en un lugar distinto, necesitamos ser escuchados. ¿Qué será lo no dicho? ¿Qué me quisieron decir? ¿Qué doy cuando doy clases? Claro, no-saber abre preguntas. ¿Cómo la voz hace a un estar mediante la educación? ¿Por qué nos parecemos a nuestras voces? Quizás, la clase es el hilo que nos enlaza. Dar una clase hace al lazo entre otros, entre oraciones, entre palabras, el sentido y el sentir están en el tono entre las voces. ¿Qué es lo que quiero decir? El comprender persiste a través del tiempo. Hechos de palabras. Comprendí las palabras en su voz. Las perlas de los sonidos me alcanzaron, me tocaron. Recordé recordar y eso me trajo otro recuerdo más. ¿Has sentido las palabras?

Aproximaciones a un análisis de mi relato o interpretaciones posibles

Para dar comienzo a un análisis del relato quiero agregar algo del sentido de las palabras. El verbo *sentire* en italiano significa “sentir”. Recuerdo que mi abuela me decía cuando yo era mucho más bajo que ella: “*hai sentito?*”/“¿has oído?”. Siempre me quedaba pensativo con los ojos paseando por mis manos, ¿será que las palabras me tocan y yo puedo tocarlas? Porque me dice si sentí las palabras. Y en castellano sentir es aquello que sentimos dentro del cuerpo, así dicen en el jardín. Entonces pensé que las palabras me tocaban por dentro. Como yo en ese entonces era un niño creía que el poder tocar estaba en las manos. Por lo cual aprendí que las palabras tienen manos, las palabras me tocan. Hoy, después de tantos años, seguramente busqué sentir/oir aquellas palabras. El sentido es una cadena y así es que la profesora Dolores Román en su lectura del presente párrafo dice: “Me trajiste un recuerdo... ¿Sientes la lluvia? Y no era en la piel, era su sonido...”. Paul Ricoeur desarrolla que el sentido se construye entre el texto y el lector. Tomando la tesis del autor: “(...) el sentido o el significado de un relato surge en la intersección del mundo del texto con el mundo del lector” (2006: 15). Aquí hemos vivenciado la tesis del autor sin tenerla presente. Asimismo, quise contar este detalle personal de mi niñez porque, haciendo hincapié en las dimensiones de una trama que establece el autor, podemos observar: en primer lugar, una trama posee una referencialidad en cuanto nos implica con y desde nuestras vidas. En segundo lugar, la trama posee una comunicabilidad en cuanto nos expresamos entre y con las personas. Y, en tercer lugar, la mediación de la persona consigo misma hace a la comprensión de sí. Es a partir de la implicancia de “referencialidad, comunicabilidad y comprensión de sí” (Ricoeur) que podemos constituirnos en una trama. O sea, dar formas a los sucesos a partir de la misma interpretación que realizamos de nuestras vivencias. Es decir, una clase no está por fuera de las vivencias del alumnado y de la profesora.

En este sentido es que quiero ubicar el concepto de identidad narrativa de Ricoeur como un entramado de un relato, una síntesis de lo heterogéneo. El autor dice: “(...) la trama tiene la virtud de obtener una historia a partir de sucesos diversos o, si se prefiere, de transformar los múltiples sucesos en una historia” (2006: 10). O sea, hablamos de historias de vida, de entramados plurales y de entamar situaciones diversas, heterogéneas que pueden no tener aparentemente nada en común. Es decir, hacemos y nos hacemos en una polifonía. El narrador no es un autor como lo ha presentado la Modernidad sino una comunidad, una multiplicidad de personas que habitan en una época y se expresan a través de una narración. Una inscripción en la propia historia para tener un tiempo. De hecho, el tiempo vivido es con otros con quienes convivimos en una misma

época. Porque vivimos en un mismo tiempo y con-vivimos. Desde ahí mi interés en situar la vida en las aulas, en habitar las clases como una invitación a construir una trama en una comunidad. La historia de una clase, si bien empieza con una propuesta que supuestamente “proviene del profesor”, en realidad tiene su origen en el alumnado que es antecedido por una comunidad, de lo contrario, no existiría la necesidad de educar. ¿Cuál es el hilo en común? Retomando un fragmento del relato podemos ver:

¿Cuál es la distancia entre una voz y otra? ¿Cuál es el camino que tengo que recorrer para llegar de una palabra a la otra? ¿De qué lado están las voces? ¿Por qué todas las voces me quedan al otro lado del mundo? (Fragmento del relato)

No es lo dicho, sino lo que queremos decir: el sentido. De ahí que es una clase y su continuidad en la vida. ¿Qué sucede después de clases? Así como el tiempo es lo que pasa y a su vez hay algo que queda, señalado por Ricœur. En la clase sucede algo que queda y algo que pasa, de ahí la pertinencia de la vivencia de clase y de la memoria de una clase. En este sentido, partiendo de la narración se retoma una vivencia en la clase que arranca en una trama. Es decir, un tiempo reconfigurado en el cual acompaña la profesora Dolores a partir de los propios narradores construyendo una experiencia. En otras palabras, la vivencia —si bien es lo transitado— es transformada, reconfigurada, en una experiencia a partir del propio relato y pensamientos sobre sí mismo, entre otros. Ahora bien, lo que trato de situar es que las vivencias se irán encadenando y, a su vez, lo harán las experiencias. Por supuesto, estamos haciendo una historia del sentido, una historia del relato, historias de vida, historias institucionales. Si bien la vivencia es aquello que transitamos en tiempo presente este no sucede sin el pasado y sin el futuro. Entonces, el acto narrativo es hacer memoria donde podemos volver a narrar lo vivido en una situación dada, particular, heterogénea, desde un sujeto singular. Y no una situación homogénea que se pueda aplicar por igual a distintos sujetos y distintas vivencias.

En este sentido, quiero relacionar la vivencia en una narración con lo viviente en cuanto un conocimiento viviente. Porque es a partir de la propia vivencia que podemos pensar un conocimiento dinámico para llegar a un saber. Asimismo, siguiendo a Ricœur, es un conocimiento viviente porque crea una trama, una historia de vida. Este punto es central porque vivimos en un sistema universitario donde la especialización ha hecho imposible encontrarnos en la trama. Y, no es propio de una carrera, sino que es una situación general de todas las carreras. No obstante, la trama de una clase universitaria puede entramar a una comunidad en un territorio, en una memoria, en una historia, en un saber, en una experiencia en común, en una con-vivencia, en un con-mover. Asimismo, la trama permite habitar en algún lugar, porque hace a una escritura de los propios sujetos narradores, una inscripción. Ricœur en la identidad narrativa ubica que el sujeto se da en la propia acción de narrar en permanente construcción.

Una relación que me interesa establecer de manera puntual, por temas de espacios, y desde la palabra, es con el pedagogo latinoamericano Paulo Freire (2010) mediante sus desarrollos del acto de pronunciar. Una palabra verdadera, señala el autor, es acción y reflexión al mismo tiempo y, por consiguiente, praxis. “De ahí que decir la palabra verdadera sea transformar el mundo” (2010: 97). Ahora bien, la palabra verdadera no es una propiedad de nadie sino que acontece en el encuentro de las personas, nos dice el autor. Asimismo, Freire propone: “Existir humanamente, es pronunciar el mundo, es transformarlo. El mundo pronunciado, a su vez, retorna problematizado a los sujetos pronunciantes, exigiendo de ellos un nuevo pronunciamiento” (2010: 98). En una época en que los nombres imponen realidades, etiquetas y avasallan los Derechos Humanos es vital pronunciarnos-escribimos-inscribimos. Hace al compromiso con nuestra época.

Queremos situar la pregunta de Daniel Suárez *et al.* (2021) en relación con ¿por qué considerar documentos públicos los relatos de experiencias pedagógicas escritos por docentes? Forma parte sustancial en la propuesta de trabajo en el dispositivo generar y hacer *archivo* documentado de la trayectoria de las personas en otra trayectoria, lo que constituye la vida de la cátedra de Residencia como un lugar de encuentro profesional, un lugar en común, donde se coconstruyen los relatos desde las intersubjetividades entretejidas por un hilo que en realidad es el cruce de distintos hilos en un espacio común de formación. Revivimos nuestros saberes en una tarea permanente y, muchas veces inabarcable, de generar conocimiento desde la praxis, desde las prácticas situadas, de relación intencional entre lo vivido con lo que hace pensar, y en esa tarea la comunidad solidaria de colegas sostiene el camino hacia un buscado devenir de transformación de las propias prácticas docentes, proceso prometedor y —casi siempre— muy costoso. Porque supone, en términos de Alliaud y Suárez: “(...) los supuestos y miradas sobre el mundo escolar y la tarea de nombrar de otra forma, con otro sentido pedagógico, a los objetos, sucesos y procesos que tienen lugar en él” (2011: 108).

Pensar aquello que pensamos crea una situación de apertura a lo desconocido y de ahí el interés en la comprensión (no-explicación). En relación con el dar clases desarrollado por el filósofo argentino Daniel Berisso (2015) en *¿Qué clase de dar es el dar clase?*, quiero traer su trabajo ya que el don no es lo dado. En este sentido, me surge la pregunta ¿qué me dio la cátedra de Residencia? Pensando en la intención de este trabajo sería realizar una comprensión que desconocemos. Me interesa resaltar que en la práctica docente siempre somos practicantes y no hay un recibirse de la docencia. Más bien habría un egresar con un título para ingresar en la vida docente. Dar clases es una actividad que requiere de nuestra reflexión sobre nuestras acciones. La práctica docente es una práctica practicada que a su vez crea experiencia. Entonces, ¿cuál es el hilo en común? La pregunta que me surge es: ¿qué ponemos en común en la puesta en común de una clase? La narración que aquí presento no es solo una clase, sino que nos hemos esforzado en construir y en poner algo en común. En este sentido, quizás fueron clases de la puesta en palabras y de la comunidad en una narración polifónica. O, comprender para vernos en una práctica y encontrarnos.

De ahí que se me presentan distintos aspectos para abordar: a) el pasado del relato, b) el presente del relato y c) la comprensión de lo vivido. El pasado del relato es donde quiero ubicar que hay un tiempo vivido sobre el cual volvemos y no un relato en el aire. Lo vivido no comprende exactamente nuestro tiempo biológico desde el nacimiento ya que nuestra historia es desde antes de haber nacido. ¿Qué quiero decir? En principio que hay una historia que nos antecede y de allí nuestra responsabilidad con las generaciones más jóvenes. También, quiero ubicar un ha sido, ha ocurrido, ha acontecido, un allá y entonces que se re-presenta en un aquí y ahora. Dicha situación de vivencia irrumpe el desarrollo de la cotidianeidad. Por lo cual, vuelvo y percibo un movimiento que invita a rever la situación. Es decir, quedo interpelado, y digo *quedo*, porque hay un antes y un después de la interpelación. La implicancia se hace cuerpo y nos hacemos un cuerpo en la implicancia. Ubicando allí el momento b) el presente del relato. Entonces la condición para construir en el presente es tener una referencia en el antes para poder relatar lo ocurrido. Hay un presente que retoma una vivencia y realiza una nueva configuración en un aquí y ahora. Porque es a partir de lo sentido en dicha vivencia que buscamos un sentido. Aquí quiero ubicar el tercer momento c) la comprensión de lo vivido. Quiero decir que a partir del relato producimos una nueva vivencia, pero esta vivencia del relato crea un encuentro a partir de la comprensión y no al revés. Hay una comprensión y luego adviene un encuentro (significación). En la experiencia transcurrida en la cátedra mi interés se sitúa en que dicha comprensión que produce un encuentro hace a un entre y con otros en una significación en común. Entretejer el pasado en el presente hace a otras clases, a otro porvenir, a otro futuro.

Porque el presente es con el pasado y el futuro entrelazados. Y, en especial en nuestro suelo donde se ha negado la memoria del pueblo, hace a la construcción de un presente desde un pasado para un futuro.

¿Cómo puedo comprender lo no dicho? ¿Cómo puedo oír lo no pronunciado? Todo está por interpretarse. Su voz fue un velador de mi lado. Esa clase me quedó de este lado. No me ahogué en las palabras. Ese día de la clase logramos acomodar las oraciones y un hacer entre otros. (Fragmento del relato)

Una segunda voz: un acercamiento a la formación

María Dolores Román

Es después de pasado un par de encuentros grupales cuando empiezo a registrar rostros más relajados, alguna sonrisa tímida y cierto apuro por tomar la palabra y hacer preguntas sobre cómo interpretaron la consigna de trabajo, cómo van encarando el relato emprendido, si el primer avance presentado “sirve” (en sus palabras) para analizar su rol docente, en este caso. Y así se encuentran con una novedad inicial del dispositivo de formación: su primera tarea es “buscarse” en la historia profesional, rememorar escenas, reeditar sentimientos y disponerse a compartirlos con el grupo, darle voz a los recuerdos y palabras a un texto por iniciar y dar a leer al grupo. El grupo es el sostén de la tarea, es el espacio de mediación y articulación que contiene ante la incertidumbre y ante situaciones percibidas en un horizonte de amenaza por lo que la actividad promete: exhibirse, desvelar, volver sobre “lo olvidado”, o lanzarse sobre aquello que repiquetea en algún lugar de la cabeza y que ya es tiempo de sacarlo a la luz. Nació el relato; singular, personal y único.

Comienza una “movida”, agitada, intensa y que, al mismo tiempo, requiere de una serenidad que aloje el pensamiento. El grupo intenta atemperar, y lo logra (la mayoría de las veces). No vamos, en este primer momento, por lecturas académicas ni análisis de situaciones de aula, sino a por un trabajo de retorno sobre sí mismo (Filloux, 1996). El relato abre la instancia a ese trabajo pero —siguiendo al autor— el sujeto no existe más que en relación con otros sujetos y como sujeto reconocido como tal (1996: 40) por sus compañeros y tutora, en esta ocasión. Comienzan las voces a encontrarse, los tonos a alentarse, los suspensos a alertarse... Es donde la pieza se hace polifónica y cada uno se expresa en el intento de lograr un todo armónico, ni idéntico ni siempre logrado, pero sí solidario, en búsqueda de nuevas construcciones coherentes, innovadoras, iluminadoras que pongan en tensión lo sabido.

Como tutora, me impregno de lo que los rostros me advierten y de las dudas expresadas. Y todo empieza a fluir en procesos únicos, tanto como sus historias singulares.

Vamos al relato de Gabriel. Tiene un plus evidente, su vuelo literario y su sensibilidad al expresar la vivencia, al tiempo que ahonda en la médula del propósito del dispositivo.³ Su grupo está compuesto por seis compañeras más, todas con el mismo trabajo por delante. Problemáticas y focos diversos pero reconocimiento de *lo común* (Cornú, 2016) como espacio posible, abierto y para todos que el rol docente ofrece. Encuentros reconocidos en los pensamientos, decires y sentimientos compartidos. En el foro del grupo en el aula virtual, inauguran las entradas expresiones donde lo común prevalece como relevante:

³ Reflexionar sobre la propia experiencia profesional desde una perspectiva pedagógico-didáctica.

“me pasó lo mismo...; me hiciste acordar a mí en...; cuánto te entiendo y me sentí en tu lugar...; preocupación al identificar una necesidad: la de sentirse escuchades...; experiencia de haber ‘invertido’ el esquema jerárquico...; pensar el modo en que concebimos a los estudiantes, cómo entendemos su posición, y a problematizar cómo construimos las clases...; estamos en una oportunidad, la de este espacio formativo de acreditación para poder también sentirnos escuchades...; la importancia de la voz: es nuestra identidad...; visibilizar la voz de los estudiantes, pensar en otras clases”; luego se funden en interpretaciones, sentimientos e hipótesis, lazos de comprensión que Gabriel acepta, madura y reedita.

En el trabajo, Gabriel pone un fuerte acento en lo vivido en aquellas clases, en más allá de los conceptos. Porque sitúa que hay un concepto de una clase y una clase vivida. Es decir, en hacer una experiencia, como distingue Edelstein, “(...) experiencia no es ya juzgar o valorar las cosas, no es apropiarse de lo que hay, sino un dejar aparecer lo existente en el propio ser, en su plenitud y en su lejanía” (2011: 138). Se le presenta la residencia docente como un campo de conocimiento donde surge y acontece una vivencia, lo que nos pasa. Aquello que nos pasa no es algo dado sino una reconstrucción que realizan las personas de sí mismas. Y, mediante la narración se reconstruye aquello que nos pasó. Y así retoma a Edelstein (2011) y piensa la experiencia de la práctica como un autoconocimiento para emanciparnos de formas previas de conocimiento. Ser conscientes de nuestras acciones y reflexionar acerca de las mismas para orientar nuestras futuras acciones, como fuente en la que se entran los sentidos, las voces. Desde ahí es que las conceptualizaciones de las prácticas pueden entramar el conocimiento en la comunidad y construir un saber que dé vida a otras formas de ser y de estar. Seguir el hilo, seguir una historia hace al crear una trama a partir de la propia narración del estudiante. La propia historia es una narración y comunica un “pasado”, y hace un presente que construye un futuro. Gabriel se pregunta entonces, ¿cuál es el hilo en común? Laurence Cornu lo invita a pensar los espacios en común como posible hilo a construir en este tiempo. Se pregunta, ¿qué ponemos en común en la puesta en común de una clase? La narración que presenta no es solo una clase, también se esfuerza con sus compañeras en construir y en arriesgar algo en común. José Pablo Feinmann expresa (y Gabriel trae en su Memoria): “...esa palabra que da forma, no sólo a nuestro pensamiento sino a nuestras opciones, a la pasión y a la coherencia con que hemos decidido dibujar nuestra vida”. En este sentido, quizás fueron clases de la puesta en palabras y de la comunidad en una narración polifónica. La narración de una clase se hizo en una experiencia en común, porque es una vivencia compartida. Y como dice Cornu: “...para un mundo en común hacen falta lugares en común o experiencias en común” (2008: 134). Desde ahí que la narración devenga en un sentido común. Así, el escuchar, el sentir las palabras, el comprender, es un comprender la propia situación que está siendo atravesada en la clase compartida. En otras palabras, Gabriel se percibe como sujeto partícipe en su práctica junto a las colegas, como práctica practicada, como praxis, dice. Un acto narrativo comunicador hace a una actividad performática, porque es a partir de pensar nuestras propias palabras en narraciones. Las palabras son acciones con las cuales moldeamos el mundo y también transformamos. En este sentido, se presenta una actividad en el reflexionar al mismo tiempo con lo que se crea algo nuevo y que, a su vez, no se puede anticipar. Por el contrario, adquiere forma en el acto de comunicación.

El narrador dice en algún momento: “Como en toda decisión apasionada no medí las consecuencias” y reflexiona sobre el carácter vocacional (y por lo tanto, pasional) adjudicado a la profesión y sobre las nunca acabadas luchas por el reconocimiento de la profesión y el saber del quehacer docente. Y resalta que en la práctica docente siempre somos practicantes... Dar clases requiere siempre de la reflexión sobre nuestras acciones; es una práctica practicada que a su vez crea experiencia. Desde la comprensión hace a una posible interpretación que realizamos sobre un hecho, priorizando su

potencialidad e indefinición de forma que queda siempre abierta. En su relato hubo una comprensión de la vivencia transitada a partir de la reconfiguración del tiempo en el relato y así llegó a una interpretación posible de lo vivido.

¿Por qué el relato es una comprensión del encuentro? Como Gabriel lo expresó, encuentra en su relato un pasado del relato, un presente y una comprensión de lo vivido como nueva vivencia, antes desconocida. Se pregunta, ¿qué narración damos en una clase de Residencia? ¿Qué es dar Residencia? Por lo tanto, la práctica educativa a través del relato es darse en un propio narrar que narra la clase. De ahí que la clase era parecida a sus voces. Y, al decir *dar* es darse otro tiempo para poder pensar el tiempo en el que vivimos y habitar nuestro tiempo.

Este darnos en una narración es darnos una reconfiguración del tiempo que hacemos con un relato, con un hilo que podemos crear en una clase entramando desde las intersubjetividades o las idas y vueltas de las palabras. Ahí es que ubica un dar de las significaciones, un darnos las palabras, las significaciones suspendidas en lo abierto, en lo potencial, en el poder ser, en el seré. Y no un significado que cierra y representa. Pero es una significación propia de cada una de las personas, posibles o potenciales significaciones desconocidas. Quizás es lo que damos en una clase: lo desconocido.

Lo que rescato y nutre en mi rol docente

Lo que mi voz expresa sobre estos procesos que encierran experiencias singulares y dan cuenta, que dejan huellas, sospechadas a veces, confirmadas otras, y todas valoradas:

- Un abandono de diagnósticos consolidados y un ensayo de respuestas diversas a sus interrogantes.

- La necesidad de confrontar y confrontarse al destacar sus incertidumbres, sus certezas y sus “intermedios”, lo vivido como logro y lo que se desea abandonar, lo visto con claridad y lo que le hicieron ver otros mediante un proceso que destapa en cada pliegue y reconstruye construyendo conocimiento.

- Sentirse en el cambio de la formación, con la compañía y acompañamiento de las estudiantes y tutora, en el plano afectivo, en los vínculos, en el conocer y reconocer, en el escuchar para alojarlas y ser escuchado, contenido, y ser alojado en ese micromundo de la formación en Residencia.

- Vivir la experiencia de formación como espacio para la creación, la libertad ofrecida (¿siempre aceptada?) con la responsabilidad que implica asumirla, hacerla propia y atreverse con ella.

¿Cuánto de reinventarse exige volver a lo vivido a través del relato! ¡Cuán profundo se llega en este retorno sobre sí! Cada uno llega a su manera, no importa aquí la medida de los logros.

Gabriel nos abrió ese mundo con generosidad, del proceso aparece mucho, sus palabras ilustran con claridad y vuelo literario, combinación ansiada (y disfrutada) por una profe de Residencia que año a año sigue aprendiendo, sigue siendo “practicante” en esta profesión de acompañar en la formación docente mediante este formato que denominamos *Dispositivo de Acreditación*. En él aunamos, mediados por la narración, la escritura testimonial, la reflexión, la elucidación y un análisis mezcla de pedagógico, didáctico y literario que siempre avizoro en la transformación y enriquecimiento del trabajo profesional.

Un honor mi función de ser formadora de formadores, en esta ya larga travesía en las aulas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

Una desconclusión para continuar

Las narrativas son acciones humanas puestas en actos por sujetos históricos y sociales, producidos en una red de relaciones culturales, políticas, económicas y productores en esa red al darle nuevos sentidos y significados al narrar lo vivido.

Alicia Caporossi, 2009: 110

Una lengua que nos haga pensar y poner en común lo que pensamos para elaborar con otros el sentido o sinsentido de lo que nos pasa; que haga posible decir y, a la vez, escuchar lo que aún no comprendemos.

Gloria Edelstein, 2011: 141

El narrar hace a un espacio en común para encontrarnos con nuestras sensibilidades, por encima de las identificaciones. En este sentido, la Residencia es construida a partir de la polifonía para repensar y repensarnos desde nuestras propias prácticas, nuestras inquietudes, nuestras proyecciones, así como con nuestros temores y desafíos. El recorrido por la universidad constituye experiencias de vidas que forman parte de vivencias en la *Universidad* que forma parte de la historia de vida de las personas. Aquello en común fue la cátedra de Residencia porque nos dimos un narrar-nos, en arriesgar las palabras, en quedar arriesgadas en el narrar las propias vivencias. Creamos hechos en las vivencias en una clase de Residencia. Así, lo encontrado es a nosotres mismas allá y entonces en un aquí y ahora para otro porvenir. La memoria es un espacio en común que hace comunidad de narradores. Un espacio de inscripción que hace un desde donde. El presente relato aconteció en las clases de Residencia haciendo residencia.

Ya es momento de agradecer a las colegas que hicieron que esta experiencia de cursada resultara en nuevos saberes para todes; las compañeras de grupo de Gabriel: Gabriela García, María Cecilia Condorelle, María Sol Bustamante, Analía Alderete, María Agustina Rosa y Yanina Sporn. Trabajo resuelto con potencia, compromiso profesional y afecto. Gracias.

Referencias bibliográficas

- » Alliaud, A. y Suárez, D. (coords.) (2011). *El saber de la experiencia. Narrativa, investigación y formación docente*. Buenos Aires, CLACSO Coediciones.
- » Berisso, D. (2015). *¿Qué clase de dar es el dar clase? Alteridad, donación y contextualidad*. Buenos Aires, Antropofagia.
- » Borges, J. L. (1974). Hombre de la Esquina Rosada En *Historia universal de la infamia*. Buenos Aires, Emecé.
- » Caporossi, A. (2009). *Los dispositivos para la formación en la práctica profesional*. Buenos Aires, Homosapiens.
- » Cornu, L. (2008). Lugares y formas de lo común. En Frigerio, G. y Diker, G. *Educación: posiciones acerca de lo común*. Buenos Aires, El Estante.
- » Edelstein, G. (2011). *Formar y formarse en la enseñanza*. Buenos Aires, Paidós.
- » Edelstein, G., Coria, A. et al. (1995). *Imágenes e imaginación. Iniciación a la docencia*. Buenos Aires, Kapelusz, Colección triángulos pedagógicos.
- » Feimann, J. P. y González, H. (2013). *Historia y pasión. La voluntad de pensarlo todo*. Buenos Aires, Planetea.
- » Filloux, J. C. (1996). *Intersubjetividad y formación*. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras/Ediciones Novedades Educativas.
- » Foucault, M. (2012). *Las palabras y las cosas*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- » Freire, P. (2010). *Pedagogía del oprimido*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- » Marechal, L. (1936). *Laberinto de amor*. Buenos Aires, Sur.
- » Porchia, A. (2017). *Voces reunidas*. Buenos Aires, Gárgola.
- » Ricœur, P. (1999) "La identidad narrativa". En *Historia y narrativa*. Aranzueque Sahuquillo, G. (trad.). Buenos Aires, Paidós.
- » ----- (2006). "La vida: un relato en busca de narrador". *Ágora Papeles de filosofía*-, vol. 25, N° 2: 9-22. Disponible en: <https://minerva.usc.es/xmlui/bitstream/handle/10347/1316/Ricoeur.pdf?sequence=1>
- » Suárez, D.; Dávila, P.; Argñani, A. y Caressa, Y. (2021). *Documentación narrativa de experiencias pedagógicas. Una propuesta de investigación-formación-acción entre docentes*. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

María Dolores Román

Licenciada y Profesora en Ciencias de la Educación, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Profesora titular de la cátedra Residencia del Profesorado de Ciencias de la Educación, Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Investigadora en Proyectos anclados en la FFyL, UBA. Maestranda en Ética aplicada a Educación. doloresroman@filo.uba.ar

Gabriel Pranich

Docente de la Universidad de Buenos Aires. Investigador en el Instituto de Investigaciones en Ciencias de la Educación, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Maestrando en Estudios Interdisciplinarios de la Subjetividad. Licenciado y Profesor en Ciencias de la Educación, Universidad de Buenos Aires.
gabriel.pranich@uba.ar

